

se desvanece como un sueño. El cielo se aleja, el infierno se sepulta en lóbregas profundidades; los deseos, las energías del mortal no llegan ni a la mansión de la bienaventuranza ni a la de la perdición eterna: todas las lágrimas, todos los gemidos de los vivientes no alcanzan a acrecer en un átomo la gloria infinita ni la infinita condenación. Mediante el purgatorio, la muerte separa menos; en el destino de las ánimas siguen influyendo los vivos que no las olvidan. Siempre me ha extrañado que algunos por otra parte creyentes en la inmortalidad no comprendan el purgatorio.

En las creencias populares tiene cariñosa acogida el *ánima en pena*. Al través del gemido del viento, piensan oír sus quejas prolongadas y sobrenaturales. La bruma invernal, que se alza del valle al anocheecer, es la figura del *ánima*, envuelta en su mortaja todavía. Las mujerucas de la aldea consideran al *ánima en pena* un numen benéfico, y creen a puño cerrado que puede guiarlas al escondrijo en que se oculta un tesoro. No hay iglesia, ni la más pobre, que no tenga su cepillo de *ánimas*, donde la piedad va depositando óbolos humildes, limosnitas para aliviar los sufrimientos de los que podemos llamar *corrigendos del otro mundo*. Por cierto que el cepillo de las *ánimas* me proporcionó ocasión de observar un detalle asaz curioso. Uno de mis tíos maternos, don Santiago Piñero, general de artillería por más señas y grande amigo de la famosa y discreta condesa del Campo de Alange, fué el más encarnizado numismático que ha existido en España. Su afición a reunir ochavos viejos le hizo correr mil aventuras por poblachones y despoblados, y sus tiberios por un Tiberio de oro, ó sea un *áureo de Tiberio*, para decirlo correctamente, jamás se borran de mi memoria. Ahora bien: la mayor parte de los hallazgos felices de mi tío (en el ramo de cobre y plata, por supuesto), procedieron del cepillo de las *ánimas*. Ninguno de los remansos en que se detiene la moneda ofreció al fanático coleccionista tan deliciosas sorpresas, tan inefables emociones, como el bendito cepillo. Comparado con él, era paja la hortera de las tiendas de ultramarinos, el mugriento cajón de las tabernas, el repleto calcetín del labriego ahorrador, el peto del niño, la alcancía de la vieja. En todos estos rincón-cillos donde la pecunia se detiene más ó menos tiempo, se encontraban á veces ejemplares interesantes — grandes bronces romanos, pesetas felipeñas, ochavos morunos; — pero la flor de la canela, las más auténticas antiguallas, la moneda de la Edad media española, las rarezas celtibéricas, coloniales y municipales, en el cepillo de las *ánimas* se habían de pescar. ¿Es que la compasión y la devoción no consiguen nunca desterrar el cálculo y el egoísmo, y que las personas más dispuestas á socorrer á las *ánimas* rebuscan, con tacañería pueril, el más roñoso ochavo para ofrecerlo á las pobres almas cuyos huesos calcina el fuego del purgatorio? ¿Es que las costumbres tradicionales llevan en sí la imposición del objeto tradicional también, y que el pagar un bock de cerveza con moneda reluciente y de nuevo cuño es tan lógico como echar al cepillo de las *ánimas* la rancia peseta de flechas y yugo ó la blanca pedreña? No acierto á resolver esta duda. Lo que sé es que actualmente anda todo tan rebuscado y esquilado, que ni en el cepillo aparecen más que los vulgares y odiosos *perros chicos y grandes*.

Creo que no podrá decir la censura que no me mantengo en los límites de lo más permitido é inofensivo. A buen seguro que tachen algo en estas crónicas, ni en ningún escrito mío, desde que vivimos bajo una legislación parecida á la célebre del *caviar* en Rusia. ¿Saben ustedes lo que era el tal *caviar*? Unas grandes plastas de tinta ó de negro humo, que en la frontera aplicaban los policías á los artículos de periódico ó á las páginas de libro que no juzgaban oportuno que leyesen los súbditos del autócrata. Así, con negro antifaz, entraba la prensa y entraba la palabra escrita en aquella inmensa nación. Dije *entraban*, y no estoy segura de que no sigan entrando: sospecho que todavía se mantendrá la vigilancia rigurosa, aunque hayan desaparecido ciertas formas excesivamente tiránicas que irritaban y que provocaron las tremendas represalias nihilistas. Y — es preciso no alterar nunca la verdad de los hechos — el sistema restrictivo empleado en Rusia no impide que sea este vasto imperio, amén de poderoso, uno de los más intelectuales, adelantados y simpáticos países del mundo. Ahora que se estila alabar las instituciones de los Estados Unidos, á mí me cae más en gracia ensalzar á Rusia. ¿Ha sido de Washington ó ha sido de San Petersburgo de donde salió la voz pacificadora, la que aboga por el desarme universal? ¿Es en Washington ó en San Petersburgo donde se rinde homenaje, no á un caudillo triunfa-

dor ni á un inventor de máquinas mortíferas, sino á un escritor, excelso artista, pero también ferviente revolucionario, el conde León Tolstoy? Hace años que confío en Rusia para asegurar el porvenir de Europa y contener á los mahometanos, que son muy poéticos vistos en grabados, acuarelas y *terra-cottas*, pero que son una peste para la civilización del mundo. La civilización tanto da que la impulse un autócrata indiscutible, como un presidente de república ó un rey irresponsable y constitucional. Hágase el milagro y hágalo el diablo, diría si no me pareciese asaz irrespetuoso.

A propósito de civilización, leo en los periódicos un sucedido pintoresco hasta lo sumo, y que merecería no caer en el olvido, donde diariamente van á sepultarse tantas cosas. Trátase de un español que apostó, no como D. Juan Tenorio que seduciría á una novicia y soplaría la dama á un amigo, sino que se zamparía una ración entera de pienso — su paja y su cebada, sin beber, que tampoco las caballerías beben hasta que han dejado el pesebre limpio como una patena. — Quien tal apuesta, tal realiza; nuestro héroe se tragó en efecto la paja hasta la última brizna y la cebada hasta el postrer grano. Borrico que pensase aprovechar las migajas del banquete, buen chasco se lleva. El síntoma de que á los españoles empiece á despertárseles la afición á esta clase de alimentos, no deja de ser algo significativo; parece indicar sospechas y recelos de que, al paso que vamos, sea preciso recurrir á ellos muy en breve, si ya no es que hasta eso nos falte, y nos veamos reducidos, en tiempo de paz, á los arbitrios que para engañar el hambre usaron en tiempo de guerra los heroicos sitiados de Calahorra, Gerona y otras ciudades gloriosísimas. Lo que no tiene tan fácil explicación es que al aspirante á cuadrúpedo le hayan preso, igual que si fuese reo de algún delito, ó de una mera infracción á las ordenanzas municipales. «¿Qué ley, que pragmática prohíbe sustentarse con pienso?» preguntará asombrado el de la apuesta. «¿Es más criminal, verbigracia, comer paja que comerse los fondos H ó B? ¿No es peor comerse á la patria por un costado?» Y en cuanto á las tendencias de animalidad que el hecho descubre, ¿qué tienen de censurables en esta época de nuestra historia? ¿No dijo Miguel Angel, por la boca muda de una de sus más sublimes creaciones, que hay horas tristes en que agrada y conviene ser de piedra — no oír, no ver, no sentir, no reflexionar? — Pues yo sostengo que el hombre de la cebada y de la paja no exagera tanto como el autor de la *Noche*: éste quería volverse mineral, el otro se conforma con ser bestia.

Realmente, si se extrae oro del mar y manteca del petróleo y del carbón, ¿por qué de la paja no se han de extraer substancias alimenticias para el hombre? La cebada ya sabemos que es manjar admitido y hasta gustoso. De la cebada se hacen exquisitos refrescos, apetitosa sopa, tortas excelentes y croquetas nada inferiores á las de arroz. Además se saca alcohol; y el hombre, que tiene sobre los animales la superioridad de embriagarse á menudo, debe estimar todos los productos naturales que encierran el *paraíso artificial* de la bebida alcohólica.

Lo dicho: es grandísima arbitrariedad que no le dejen á un hombre honrado saborear el pienso á sus anchas. Bajo Fernando VII, lo que se reprimía severamente era la fatal manía de pensar; sin embargo, á nadie se le ocurría poner coto al pienso. Nos estaba reservado perfeccionar el sistema, y por legislarlo todo, ir á legislar hasta lo que á cada cual se le antoja comer. A fe que los encargados de llevar á la cárcel al *pensador*, no se preocuparán poco ni mucho de cubrirle la mesa, ahora que se acercan las Navidades, con capones, perdices, besugos, terrinas de Estrasburgo y compotas rajadas de canela. ¡Injusticia notoria! Si la autoridad prende al modesto ciudadano que se conforma con el sencillo *menú* de la mula ó del rocín, en conciencia está obligada á proporcionarle manjares más suculentos, más dignos de la altura del rey de la creación. Yo apostaré — y vaya de apuestas — á que el supuesto delincuente exclamaría de buen grado, dirigiéndose al que decretó que le metan en chirrona:

«..... Hombre injusto,
¿piensas que sólo de la paja gusto?
También si me dan grano como grano...»

¡Y jamón, y torreznos, y solomillos, y chuletas! ¡Pues naturalmente! Hagan á su vez una apuestita los que miraron con excesivo celo por la cultura general echaron el guante al *pensador*; apuesten á darle todos los días lo que él pida por lista, y ya me dirán maravillas. La paja se la dejará á los otros.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA

Desde que hay censura militar y rigurosa, me han entrado unas ganas vivísimas de hablar de todo cuanto á la censura puede indigestársele; porque así es la humanidad, y así será hasta que, por acabársele al planeta el calórico ó el ázoe, ó el agua ó el aire, desaparezcan de su superficie los últimos restos de nuestra casta. Reprimo, pues, trabajosamente los impulsos de meterme en vedado, y ya que nos obligan á callar lo presente y actual, hablemos de lo eterno: hablemos, ponga por caso, de las benditas Animas del Purgatorio.

¿Creéis que tal asunto es más adecuado para un libro de devoción que para una crónica? Por mi parte, entiendo que en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo corresponde á su exterioridad. Mas, aun cuando limitásemos el terreno de la crónica acotándolo donde terminan las costumbres, siempre estarían dentro de la crónica, y sin violencia, las benditas *ánimas*. Su devoción, que á decir verdad va entibiándose un poco, ha sido y es todavía de las más acendradas y fervientes. En ella se enlazan dos sentimientos: la gran solidaridad que estableció el cristianismo, y la supervivencia del afecto á las personas queridas. Los vivos prestan ayuda á los muertos, con oraciones, sufragios, limosnas, penitencias, mortificaciones y otras buenas obras *satisfactorias*; he aquí la solidaridad de los que une la misma fe. Entre los muertos hay *ánimas* especialmente amadas: á esas puede socorrerlas el vivo de un modo especial también. No es necesario que los sufragios se apliquen á la masa: cabe aplicarlos por los individuos que nos importan. Dogma tan consolador, tan humano, tenía que penetrar en los corazones, en la fantasía, en la voluntad. Quitado el purgatorio, la existencia de ultratumba